

la sangre con los efluvios que despedían de sus cuerpos los contagiados, y anhelito que exhalaban sus bocas: los que como recibía inmediatamente el P. Coromina, fácilmente contraxo el mal comun, con tanto ^{dia,} que hubo de rendirse al lecho, sin esperanza cierta ^{de} en lo ^{de} su valescencia. Pero con el favor divino se levantó, y ^{apó.} querer escarmentar de su peligro, volvió con mas valentía á la pelea de sus ministerios. Volvió, si, pero segunda vez mal herido de la misma epidemia á la cama: la conturbacion de los Padres fué imponderable, por temer con mucho fundamento que la recaída fuese irremediable, empero, al Padre Rector solamente affigia la imposibilidad de ayudar á sus hermanos, en tiempo que el contagio embravecido iba haciendo cada dia mayores estragos, y los Próximos necesitaban mas auxilios. Dióse el Señor por bien servido de la resignacion, y deseos de rendir el último aliento en la Campaña, como buen Soldado que vió en su fiel Operario, y como que le dixera: *Surge et ambula*: más por Voluntad Divina, que por energía de los medicamentos que se le aplicaron, recuperó el P. Coromina la salud, vuelto de muerte á vida.”

“En todo el tiempo de su decúbito fué un exemplar de paciencia, recibiendo aquel golpe como venido de la mano del Señor, y disponiéndose fervoroso para la partida con el ejercicio de las virtudes. Pedia quedarse sólo para hablar con su Dios, arrojando al Cielo ardientes Jaculatorias del Corazon, repitiendo emistichios de la Escritura, y afinando en ellos sus afectos. Quién es, Señor, el hombre (decia) para que de él te acuerdes? *Quid est homo quod memor es ejus?* Sepan las Gentes que son hombres: *Sciant gentes, quoniam homines sunt*: y otros muchos, que sería largo referir. A los que venian á visitarlo de fuera, daba santos consejos, oportunos desengaños, y lecciones para su bien espiritual, de suerte, que más parecía fervoroso Predicador puesto en un Púlpito, que lastimero doliente postrado en una ca-

ma. Este ejercicio mismo continuaba en sus delirios, que eran intermitentes: y en uno de sus intersticios pidió para su mayor consuelo, que se fraxese al Aposento un choro de bien concertada música con todos los instrumentos conducentes á su mayor armonía. Luego á la tarde los que componen la Capilla de la Parrochial, por el afecto que tenían al Padre, vinieron á su llamado. Hizo figurar en una mesa, que allí estaba prevenida una tumba con un Santo Crucifixo en su medio, y suplicó á los Cantores le entonasen el nocturno acostumbrado en los funerales: estos, por dar gusto al enfermo, cantaron con toda solemnidad el oficio de difuntos, que oía el P. Coromina bañado en lágrimas, el que concluido, cantó el responso en su propia persona, con admiracion de los asistentes á tan inusitada y tierna funcion.”

“Al fin fué la voluntad del Señor, que sanara el Padre, quien á pocos dias, aun no bien convalecido, comenzó á decir Misa, confesar dentro de casa, y salir fuera á sus interrumpidas excursiones. Prosiguió todavía la epidemia por algunos meses, y el P. Coromina no cediendo al trabajo, sin afloxar en su distribucion religiosa, era el primero que acudia al socorro de los enfermos, como lo practicaba antes de su caída.”

Era nuestro héroe distinguido teólogo filósofo y canonista, graduado en las tres facultades en la célebre universidad de Cervera en el reyno de Aragon, á cuyas ciencias añadió exquisita erudicion profana en humanidades, latinidad, poesía y retórica: habia hecho tan profundos estudios de los comentarios de la sagrada escritura del célebre sábio Cornelio A. Lápide, que los sabía poco menos que de memoria, así como tambien otros autores teológicos y canónicos: las matemáticas, la geografía y la cosmografía le eran familiares, y para la arquitectura manifestó las mas brillantes dotes, diseñando, dirigiendo y llevando hasta su término una casa de ejercicios en la Ciudad de Vique, que constituye

uno de sus mejores ornatos, y fabricando en esta de Guanajuato, segun dice Fernandez de Suosa "Colegio y vivienda para los Misioneros, en que lució la viveza de su phantasia, y primores de su arte, hallando modo de dilatar el plano en que se avia de assentar la obra, empresa verdaderamente ardua, por que el sitio que avia era estrecho, y estorbaban su extension las peñas del fragoso cerro, que lo repechaban. Empero el P. Coromina como ingeniero, que fuera de profesion, facilitó con sus arbitrios el desmante para la planta de un capaz Atrio: en que montearon Portería, Escuela, Classes de estudios, Escuela de leer, y escribir; y demas oficinas, que deben situarse en los baxos. Y en los altos, tránsito y Aposentos, que casi los excluyó, sacando de cimientos tantas piezas, y levantándolas con tanta brevedad, y primor, que jamás se juzgó possible. Las segundas quedaron incompletas, pero así mismo en tal disposicion, que los sucesores se vean obligados á proseguirlas segun el Mapa, que dexó el P. Coromina del Colegio, en el qual puso la distribucion de toda la fábrica, y las medidas de cada tracto para la comodidad, desahogo, y hermosura del edificio: que, acabado, será la maravilla del Reino: en que se admirará un glorioso desempeño de la arquitectura, con los tamaños, proporciones y correspondencias, que ella pide para llenar con su vista el buen gusto de todo sugeto curioso, capaz, y justo estimador de las cosas. Lo que nunca podrá medirse con la admiracion es el ingenio, el trabajo, la industria con que, venciendo la fragosidad de un inaccesible cerro, se consiguió tanta obra." sin olvidar el padre Coromina cuando la trazó, que habia de hacer planta unida al magnífico templo allí comenzado, y que la suntuosidad de la una debia corresponder con la grandeza del otro.

Pero pasemos ya á dar á conocer en particular algunas de las heroicas virtudes del Apóstol de Guanajuato, siguiendo para esto el método que hasta aquí, de trans-

cribir íntegros algunos párrafos del autor de la "Carta consolatoria." "Era, dice, muy noticioso y leído en las sectas de Lutero, Calvino, Jansenio, y otros famosos Heresiarcas: y de todos sus errores sacaba el Padre Ignacio luces, y apoyos con que exaltar, promover, y hablar, siempre que se le ofrecia, con grandísimo decoro de nuestros Cathólicos Dogmas. Esta feé misma tan encumbrada hacia que su zelo, tanto, y tan claramente expusiera sus Artículos en los Púlpitos, y que en sus caminatas á quantos rústicos encontraba, hiciera preguntas para que entendieran los Misterios de la Santísima Trinidad, de la Encarnacion del Verbo Divino, de nuestra Redencion, y los demás: los que les explicaba con tanta claridad, que parece tenía especial Don del Cielo, y correspondiente gracia para este ministerio. De esta divina luz le provenia al P. Coromina aquella solidísima, y ardiente devocion para con el Soberano, y Santísimo Sacramento de la Eucharistía, celebrando cada dia con devoto respeto el Incruento Sacrificio del Altar, y saliendo de aquella Mesa con hambre de aquel Divino Manjar, que en los Corazones humildes, y puros, como el del P. Ignacio, nunca causa fastidio: antes sí excita los deseos de gustarlo. Disponiase para este Convite celestial el P. Coromina con una hora de fervorosa oracion: gastaba en la Misa siempre media hora completa: y perseveraba despues por un quarto en accion de gracias por el incomparable beneficio de havérsele comunicado su Redemptor: al que considerando en su pecho, sentia una espiritual dulzura en el alma, que le duraba todo el dia, junta con un temor reverencial, que le ponía á los ojos la santidad del Sacramento, y su propria indignidad. Tenia presente á Oza, que por que llegó con la mano al Arca del Testamento, luego al punto le quitó Dios la vida: y á los Bethsamitas, que porque la miraron solamente, quedaron muertos: con estos exemplos intimidado, procuraba la mayor pureza de su alma para lle-

gar al Altar no ya para veer, y tocar la representacion, sino para unirse íntimamente con la realidad del Sacramento. Al que entre dia visitaba frequentemente en su Sagrario, y el Jueves Santo acompañaba en el Monumento, con la consideracion de la fineza de haberse querido quedar con los hombres, para darles en especies de pan su Divino Cuerpo. A este fin de agradecer tanta dignacion, se retiraba á un lugar apartado, gastando la tarde en leer las Meditaciones, que sobre este tiernissimo Mysterio escribió el V. P. Luis de la Puente: y obrando con mas actividad su Feé en el entendimiento, excitaba en la voluntad un amor, que le salía al rostro, á las palabras, y à las obras, como indicantes de un hombre endiosado, y que tenia su trato en el Cielo.”

“La estatua perfectissima de la Charidad christiana, y de amor Divino se dexaba veer prolixamente esculpida con sus mismas facciones en el Corazon del P. Rector Ignacio Coromina, con el cincel de su fervoroso espíritu. Esta Charidad, este amor, que consiste en el lucido ropaje de esta estatua, se dexa bien conocer, en una entera conformidad con los Divinos preceptos; de ésta se vistió el P. Ignacio tanto, y en tanto grado, que, segun testimonio que dieron sus Confesores, jamás, en toda su vida, manchó su alma con culpa grave. Siendo Secretario, enfermó de una maligna fiebre, en que se le administraron los Santos Sacramentos, y assí me lo aseguró en la carta siguiente el Padre que entónces lo dispuso.”

“*Sr. Cura D. Juan de Dios*

Sabiendo la honra con que Vmd. se sirve de exaltar las venerables cenizas del P. Rector Ignacio Coromina, debo decir á Vmd. y administrarle esta noticia, para que acabe de llenar todo su concepto el Público, que confesándole yo generalmente, antes de recibir el Sagrado Viático, no le hallé culpa mortal, ni pecado grave por toda su vida; con que se fué á la presencia de Dios con

la gracia primera recibida en el Baptismo. Celebro goze Vmd. de salud, y pido á Dios me lo guarde muchos años, etc.”

“Otro Padre con quien hizo otra confession como dos meses antes de su muerte, del tiempo que avia estado en Indias, assevera que no gastó el Padre en hacerla mas que el que bastara para una ligera reconciliacion, sin aver hallado en su conciencia mas que escrupulosas menudencias, dichas en pocas palabras. Assertos uno, y otro admirables, dignos al tanto de estimarse, haciéndose creibles cuando el mundo todo vió obrar al P. Coromina como quien conocia que lo miraba Dios, los Angeles, y los hombres, Esta misma Charidad para con su Dios, entendida por la exactissima observancia de su Santa Ley, le hacia vomitar fuego, hablar rayos, y respirar truenos contra el monstruo sinsegundo, único, y solo mal del alma, el pecado que la mata, y ofende á la Bondad de nuestro Dios. Cuya Santa Ley guardaba, y tenia puesta en medio de su Corazon, como muro que defendiesse el thesoro de la gracia, adquirido en el decurso de sus juveniles años, para cuya mayor seguridad le añadió un antemural, siguiendo á Christo en su Compañía, y observando en ella sus santas Reglas, hasta los ápices en que se contiene lo mas perfecto de la santidad, Para esto le ayudaba mucho la inteligencia, y comprehension, que llegó á conseguir del nunca bastantemente alabado Instituto de la Sagrada Compañía de Jesus, que tenia en dos Volúmenes, parto de la gran Cabeza de un Ignacio, dedo poderoso de Dios. Ni se estrañará, que el P. Coromina, ya Religioso, levantasse tanto el vuelo en seguimiento de la perfeccion, quando desde su niñez, en edad capaz, y suficiente se sacrificó á su Divino Dueño con el árduo, y especialissimo voto de no cometer pecado venial, que ofendiesse á la veracidad propia del Christiano; por que aborreciendo á la culpa, que no es mas que un engaño, juzgó que debia armarse contra toda mentira, prometiendo á

Dios no mentir jamás deliberadamente, ni en materia leve. La obligacion que se impuso no puede negarse que fué árdua, especialmente en la menor edad, que á cada passo ofrece ocasiones de esconder la verdad ó negándola, ó revistiéndola en otro trage. Fué el P. Ignacio desde que hizo su voto, tan observante de su execucion, que en las conversaciones familiares, nunca usaba de superlativos, hypérboles, y encarecimientos; conformando siempre lo que profería la lengua con lo que concebía su entendimiento, de tal modo, que no padeciera ofension alguna, la antigua, é inseparable compañera de su Corazon, qual era la verdad. Por este á-pice podrá colegirse quan nimio era el P. Coromina en la observancia de los Preceptos Divinos, y del reflexo, que cita David quando dice hablando con Dios: *Tu mandasti mandata tua custodiri nimis*: Que el Señor mandó, que sus mandatos con nimiedad se guardaran. Temia á Dios este su Siervo con aquel temor que nace del amor, y ambos afectos lo iluminaban para veer, y solicitar el bien de los Próximos, y lo encendian en fuego tan activo, que su desahogo eran los ministerios, los espirituales ejercicios, los deseos de padecer por Christo la misma muerte, y, mientras ésta no llegaba, passar injurias, afrentas, falsos testimonios, y ser tenido por demente, no dando para ello ocasion alguna: por imitar á su Capitan Jesus, que señaló este camino con sus huellas, y si este temor noble, si este amor temeroso dominaba en su Corazon, ya se entiende, siendo nimio en sus desos, observó con toda nimiedad la Ley Divina, en que consiste la verdadera Charidad, que hace al Justo en la tierra bienaventurado; *Beatus Vir qui timet Dominum, in mandatis ejus cupit nimis*.”

Cumplió los votos anexos á su profesion religiosa, de tal manera que verdaderamente asombra. Practicó la santa pobreza tan escrupulosamente, que la muerte le cogió “en una vilísima cama, con una frezada tosca, y los trastos precisos para la vida religiosa, en tanto gra-

do, que, siendo yo ocular testigo, apenas hubo con que contentar á los devotos, que solicitaban ansiosos, luego que el Padre expiró, alguna alhajita suya para el debido recuerdo á sus beneficios, ó para tenerla como reliquia de un hombre Santo, que suponian gozando ya de Dios en la pátria.”

La santa pureza, así del alma como del cuerpo, la exercitó con su recato, con su retiro, con su oracion, “con su austeridad, y con sus temores. Edificaba el P. Coromina á quantos le trataban, con una modesta circunspeccion, que le quitaba á sus ojos la libertad de veer objetos, cuyas especies impressas en la phantasía le perjudicaran, exitando impurezas. Por esso no tenia visitas, mas que las que le pedia la Charidad para beneficiar á los Próximos ó la gratitud á los Benefactores, y afectos á la Compañía, por razon de su oficio: pues siendo particular nunca salia de casa, sino por obediencia. Era amante de su Aposento, donde no dando tiempo alguno á la ociosidad, todo lo empleaba en estudiar, leer, escribir assí sus Sermones, como respuestas á las consultas, que se le hacian: con lo que cerraba todo resquicio á las tentaciones con que el comun enemigo pudiera excitar las concupiscencias, que militan en nuestros miembros, observando el adagio mystico: *Semper te inveniat Diabolus occupatum*. Y por que todas estas diligencias tendrian poco efecto si no las auxiliara la gracia Divina, recurria el P. Coromina frecuentemente á Dios pidiéndole esta gracia. Porque aunque para toda obra buena es necessaria, mucho mas para vencer un enemigo doméstico, que insulta en las passiones, cuyos humos bastan para empañar el cristal delicado de la pureza, y sus chispas sobran para reventarlo. En esta lid se exercitó el P. Coromina, saliendo siempre ileso de las llamas, pudiendo decir con el Apóstol en el particular: *Sine gratia Dei nihil sum, Gratia Dei sum id quod sum*. Nada soy por mi naturaleza, y si á ésta no la fortalece la gracia de Dios, de la nada

de su ser, caerá en la nada del pecado. Por esso si me mantengo en pié, es porque la gracia de Dios me fortalece. A estos soberanos recursos sufragaba la mortificación corporal, que en el P. Ignacio fué por vida, sus disciplinas, y cilicios eran crueles, y casi continuos, y porque el bastimento como nutre al bruto, así también lo insolenta para que tire cozes, según el oráculo: *Impinguatus est dilectus, et calcitravit*: Para humillar el P. Coromina lo brutal de su cuerpo, procuraba enflaquecerlo quitándole la comida. Era rigida su parcimonia, al medio día, el primer plato era su alimento, y aunque en los días clásicos vinieran otros después, y fueran apetitosos, no los probaba: tampoco comía frutas nobles, ni conservas, ni otros regalillos, que solían ministrarse á la Comunidad en la mesa. Se abstuvo no solamente del vino, mas también de toda bebida, que por incitativa á la embriaguez, lo es también á la luxuria, no queriendo ni probar las regionales, que tomadas con moderacion, y templadas con otros licores correctivos de su fortaleza, son muy saludables, y casi necesarias en algunos accidentes. A las instancias, que sus afectos le hacían para que usara de aquel medicamento, respondia: *Más quiero sin él vivir dos años menos, que vivir dos años más con él*. Y esto no solamente observaba por lo poco que fiaba de las medicinas, mas también por negarle al paladar el gusto, que pudiera deleitarlo; y por eso admitia aquellas, que le sirvieran de mortificación: como los axenjos, las píldoras, y otros ingredientes amargos de botica: los que masticaba despacio, saboreándose en su amargura: y quizá por averse acostumbrado el Padre á estos sabores, repugnantes al apetito, perdió mucho del sentido, que los gustaba. De aquí nacia, que no reparaba en lo bien, ó mal condimentado de los manjares, ya viniessen insulsos, ya cargados de sal, ya acres, ya tan simples, que exitaran á nausea. La prueba de esto es, que ofreciéndole en su casa una Señora de las principales un vaso

de agua de limon, que se le avia prevenido, lo admitió el P. Coromina, no por deleytoso, sino por refrigerante: y sucedió, que estando dispuesto otro vaso con infusion de ruda para otro fin; la criada por el de limon tomó el de ruda, y lo ministró al Padre: éste se lo hechó á pechos sin dar muestras de displicencia, y prosiguió conversando con la Señora tan sereno, como si huviera bebido una ambrosía muy deliciosa. Después de averse retirado á su Colegio el Padre Rector, se conoció el yerro de la criada, y confusa la Señora del acaecimiento, quedó admirando la virtud del Padre, que no distinguiendo sabores, dió á conocer el hábito de su mortificación. Pero no obstante que avia cercado de tantas espinas su cuerpo para asegurar la Azuzena, que guardaba el P. Ignacio, no se daba por seguro, porque desconfiaba de sí mismo, y levantando al Cielo los ojos, clamaba como otro Neri: *Señor, librame de mí mismo: porque si á mí mismo me entregas, seré infiel*. Así á fuerza de oraciones, de penitencias, y abstraccion, favoreciéndole la gracia divina, logró el angelical P. Ignacio Coromina llevar al sepulcro, immaculado su cuerpo, y al Cielo su alma, ostentando la laureola, que condecora á los Vírgenes, que forman luciente comitiva al Divino Cordero, y asisten sin macula ante el Throno de Dios."

Su obediencia, en fin, fué tan estricta que no daba un solo paso sin la anuencia de sus superiores aunque tuviera para ello que quebrantar hasta lo mas delicado de la propia voluntad.

En cuanto á la humildad, no olvidaba jamás el P. Coromina que ella es el único fundamento sólido de la verdadera grandeza. Vivía por esto sumergido en el conocimiento de sí mismo "y sentía tan baxamente de sí, que se tenia por el hombre mas abominable del mundo: y por esso parecia insensible roca, á los golpes de la cólera, ó de la porfía, ó del desacato, ó del desprecio, ó de las injurias, casos en que parecia no tener